

Otero Reyes, Ricardo

Los sueños son posibles. - 1a ed.

Buenos Aires: Editorial Taller Palabras, 2011.

336 p. ; 19x12,5 cm.

ISBN 978-987-25603-2-4

1. Narrativa Mexicana. 2. Novela. I. Título

CDD M863

©2011 by Ricardo Otero Reyes

©Editorial Taller Palabras 2011

Editado en Argentina

Impreso en México

ISBN 978-987-25603-2-4

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

©Diseño de tapa: Rodolfo Vider

Corrección para edición: Patricia Miranda

www.taller-palabras.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

LOS SUEÑOS SON POSIBLES

Ricardo Otero Reyes

PRÓLOGO

Como latigazos en el cuerpo quedaron marcados para siempre en mi mente y en mi alma aquellos fatídicos días...

Con estas palabras preliminares Ricardo Otero Reyes nos abre las puertas para entrar en su vida. Una vida marcada justamente por aquellas primeras cosas que nunca se borrarían de su mente. Una vida que ha puesto a prueba el nivel de resistencia y la desbocada necesidad de superación de un niño.

La historia de Ricardo, nos llega desde una serena prosa despojada de palabras rimbombantes o efectos altisonantes. Las palabras se hacen sonido y nos susurran cada instante detenido en el tiempo, un pasado lleno de vicisitudes. Cada frase de esta novela nos compromete con la verdad y nos hace partícipes y cómplices en cada capítulo de la lucha de su protagonista y autor.

Una vida puede vivirse a medias, con la mediocridad de sobrevivir; entonces, la imperfección de ser humanos queda abierta como una herida sin curar. O bien, una vida puede vivirse a pleno con la capacidad para superar las adversidades a flor de piel, en cuyo caso las derrotas y las frustraciones, los fracasos y las heridas se transforman.

Ricardo cargó con su herida, la enfrentó, fue derrotado y se sintió frustrado, discriminado, fracasó y muchas veces se perdió pero su opción de vida era perseguir un sueño y vivir a pleno hasta alcanzarlo por eso también sanó, se recuperó, triunfó y llegó. Consiguió la meta que lo transformó en un vencedor de su propia lucha.

La meta de un vencedor, puede parecer un precioso tapiz pero cuando por curiosidad uno mira detrás, descubre que está lleno de nudos, de zurcidos, de remiendos.

“Los sueños son posibles” nos invita a conocer justamente cómo, dónde y por qué se producen esos remiendos, nos invita a comprobar una vez más que todo es posible pero que nada es fabuloso, que no se llega a una meta mágicamente, sino que la magia de llegar está en cada uno de nosotros.

Si un sueño brota en nuestro interior hay que permitirle germinar, elevarse, crecer. Solo la gente que no logra concretar sus sueños suele decirles a los demás que tampoco cumplirán los suyos. El protagonista de esta novela, nos muestra, nos grita que los sueños son posibles.

De la mano de Ricardo iremos viendo, comprobando satisfactoriamente cómo, en un México saturado de vicios y de mediocridad, de discriminación y de racismo, el sueño de un niño que apuesta a la educación como pasaporte para una existencia mejor, es posible.

Y con la voz de Amado Nervo, Ricardo Otero Reyes nos regala su mensaje subliminal. La reflexión de alguien que ha alcanzado mediante el esfuerzo un logro en su vida y una meta profesional y como consecuencia de ello algo más extraordinario aún: La paz interior.

Vida, nada me debes. Vida, estamos en paz.

Patricia Miranda
Buenos Aires, Argentina.

NOTA DEL AUTOR

El propósito del presente libro es brindar a los miles de mexicanos, mis compatriotas, un mensaje de esperanza.

No he querido usar seudónimos ni falsas identidades porque intento que la palabra directa de quien ha vivido los hechos, sea un certificado de superación para cualquiera que se lo proponga.

Como hallarán en la páginas de esta historia sólo me ha movido la entera convicción de que puedes lograr todos tus sueños, solo es cuestión de proponértelo e intentarlo.

Es posible.

Ricardo Otero Reyes

CAPITULO I

LA HUERTA: GENTE DE CAMPO

Como latigazos en el cuerpo quedaron marcados para siempre en mi mente y en mi alma aquellos fatídicos días que anunciaban para mi porvenir una suerte de desgracia vivencial.

Eran los últimos días del mes de julio del año 1959. Sobre las espaldas de los campesinos caía un sol ardiente. Al frente de ellos, como “capitán” fungía Julián Villanueva Ramírez; moreno, fuerte, experto en las faenas del campo, quien por ese entonces contaba poco más o menos con treinta y cinco años de edad.

A la distancia, el lugar donde se desarrollaba la labor agrícola, debería parecer un campo de entrenamiento y los campesinos, una larga fila militar de soldados, un ejército en ejercicios castrenses, dirigidos por un líder.

Formábamos el contingente, una fila de hombres casi perfecta, era una columna como la que se acostumbra en la milicia de manera regular, ya que los campesinos trabajaban a lo largo de los surcos de los que estaba compuesto el campo algodonero. Avanzábamos hombro con hombro con presteza, a un ritmo agobiante, sin dar ni pedir cuartel los unos a los otros. Todos iban al frente de la columna sin hablar, con la mirada hacia adelante al tiempo que impulsaban la herramienta dentro de los surcos respectivos. Nadie se rezagaba.

De esa columna dinámica y sistemática dedicada a la labranza de la tierra, se desprendía una nube de polvo fino que difuminaba las sombras que proyectábamos los campesinos, derivada de la luz solar que envolvía inmisericorde nuestro entorno. En el centro de esa columna vertical de personas humildes, al

lado izquierdo del “capitán”, que era el hombre que nos encabezaba, que nos dirigía y marcaba el ritmo en la labor agrícola, se encontraban Anselmo Otero, mi padre; Humberto y Agustín Delgado Otero, mis primos hermanos y los hermanos Rodrigo Sánchez Galeana “yigo” y Juan Sánchez Galeana “el colorado” y el que esto escribe: Ricardo Otero Reyes.

El que marcaba el paso del grupo en la faena agrícola que se llevaba a cabo en el predio ejidal, era mi tío, Julián Ramírez Villanueva, hermano de crianza de mi madre. Pues cuando mis abuelos fallecieron y mi progenitora contaba solamente con dos años de edad, los padres de mi tío, Eleuterio Villanueva y Epigmenia Ramírez, la adoptaron y ella se crío en el seno familiar de los Villanueva Ramírez, juntamente con Martha, Julián y Próspero, hijos de los primeros.

La ley prohíbe a los patrones la contratación en la labor agrícola de menores de edad, yo contaba con trece años en ese momento, en México la mayoría de edad se adquiere a los dieciocho años, por lo tanto a mí me alquilaban como peón de tarecua, como se nos denominaba en el argot campesino, a escondidas y por recomendación de mi tío que era el capitán. El lugar, se sabía por los hombres del campo, que era un terreno de veinte hectáreas o sea doscientos mil metros cuadrados, estaba sembrado y tupido de plantas de algodón de treinta a cuarenta centímetros de altura. Su propietario era Honorio Castillo Pérez, hombre sencillo, honrado y trabajador, un agricultor que se dedicaba precisamente a la siembra de algodón, actividad que en esa época era muy bien pagada.

Esta persona al que denominábamos “El Patrón” permanecía vigilando la tarea realizada por nosotros, los peones de tarecua, en un sitio estratégico que no se podía divisar desde el lugar donde ejecutábamos la limpia de las hierbas o maleza que podían afectar la siembra y por consecuencia la cosecha

de las malváceas y que crecían al pie del tallo del algodón. Este sitio o mirador que utilizaba don Honorio Castillo Pérez como puesto de control visual y que los hombres del campo denominamos “hato”, era también el lugar de receso, en donde descansábamos por espacio de media hora cada tres de las nueve que constituían la jornada del día en el campo algodoneero, es decir, tres entradas durante el día de tres horas interrumpidas por media hora de descanso; de ocho de la mañana a seis de la tarde.

La tarea que efectuábamos los campesinos, de los cuales formé parte de los trece a quince años de edad, se realizaba con implementos de labranza denominados “tarecua”. Con ella limpiábamos el pie de las plantas de algodón de las malas hierbas que amenazaban con invadirlas y secarlas, lo cual provocaba pérdidas al productor o al que invertía en su siembra. Son tres fases que constituyen la limpia o desbroce del pie de las plantas de algodón. La primera se realiza cuando la planta malvácea cuenta con quince a veinte días de nacida, la segunda limpieza se efectúa en cuanto el plantío cumple treinta y cinco a cuarenta días y la tercera y última desbroza se lleva a cabo cuando ya tiene de cincuenta a sesenta días de entallecida al aire libre.

Es la segunda etapa desbrozadora del plantío algodoneero la que se reseña en esta breve descripción, algunos compañeros de trabajo se expresaban con irritación en contra del terrible calor en el terreno donde ejecutábamos nuestra tarea, “tal parece que el bendito sol quisiera escupir lumbre”, solían decir. En esta situación de peón me encontraba integrado e inmerso, era pues un campuruso a mis trece años e igual que los demás, vivía y trabajaba en el campo ejidal. Era parte de la vida que había recibido como legado. Triste realidad que el sorteo

del destino me había reservado y asignado como proyecto de vida.

A esa edad era un joven de piel morena tostada por la exposición continua a los rayos del sol, de un metro con setenta centímetros de estatura, ojos negros, nariz mediana, boca regular, cabello de color negro y lacio, extremadamente delgado, pesaba entre cuarenta y cinco a cuarenta y ocho kilogramos, mis dientes eran blancos sin ningún problema dental. Era, dicen algunos amigos que me conocieron y aún viven en la actualidad, una buena persona, alegre, confiado y en cierto grado hasta ingenuo. Siempre me gustaba y me gusta verle a la vida el lado positivo, no obstante su sentido opuesto, que todos sabemos, lo tiene.

En ese tiempo, en aquel lugar en el que nací, debía soportar esa situación lamentable que me tocó sufrir y en la que me encontraba inmerso sin buscarla ni desearla. Sin embargo, era mi realidad existencial, sin duda alguna invariable y que se presentaba inconmensurable para mis sentidos, sin que yo llegara a comprender, a ciencia cierta, la magnitud de mi tragedia, recibida por el solo hecho de haber nacido en aquel lugar que me tocara en suerte.

Mi desconocimiento y falta de autoridad en materia de la vida, quizá paliaron en cierta medida el dolor de mi desgracia. Así, parafraseando un poco, también podemos agregar a lo anterior, que la ignorancia, tal vez, de los sucesos de la vida real experimentados cara a cara me ayudaron a curtir mi mundo, mi vida, sin dar mucha importancia a mi situación. A mis trece años tuve conciencia temprana del mundo hostil que me heredaron y que yo con la ayuda de Dios, de mi fe, porque soy un hombre de fe y de mi libertad práctica, concebí que podía cambiar y modificar en el tiempo y el espacio de vida que el supremo me diera para realizarlo.

No obstante, en ese momento no pude hacerlo de inmediato por no contar con la oportunidad y las herramientas necesarias. Pero tenía toda una vida para intentarlo, porque la fe, es el pájaro que canta cuando todavía está oscuro, solía decirme a mí mismo, para reanimarme.

Nací en este mundo hermoso lleno de adversidades y oportunidades el día 3 de abril del año 1946, en el seno de un hogar sumido en la miseria extrema enclavado en el poblado de Petatlán, ubicado en el Km. 200 de la Carretera Acapulco-Zihuatanejo, en el Estado de Guerrero. Mis padres fueron Anselmo Otero Garín e Inés Reyes Hernández, ambos de condición humilde y analfabeta de treinta y cinco y diecisiete años respectivamente. De este matrimonio nacerían en total cuatro hermanos y seis hermanas cuyos nombres son incluyendo el mío: Salvador, hermano, amigo y cómplice de travesuras; Reyna, Guadalupe, Adela, Adela, Antonio, Fernando, Edelmira, y Máxima.

Mi padre era de complexión mediana; medía un metro con ochenta centímetros, su cabello era lacio, de color negro que peinaba hacia atrás, tal y como era la costumbre de la época. El color de su piel era moreno claro, sus ojos eran negros, su nariz tenía una forma algo respingada y de tamaño mediana, su boca era mediana, sus cejas daban la impresión de estar unidas en una sola porque las tenía muy pobladas, su mentón era regular y su dentadura no había sufrido ningún daño o extracción de pieza alguna. Naturalmente, el trabajo de campo fortaleció sus brazos y sus manos se hicieron ásperas y se llenaron de cayos. Su carácter era muy llevadero, no me pegaba, por el contrario siempre me protegió de algún castigo que mi madre quisiera aplicarme. Y sólo cuando realmente yo cometía alguna falta grave me gritaba para reclamar mi proceder

incorrecto. Jamás le contesté mal, pero en ocasiones mis preguntas sin malicia incitaban en él contestaciones rudas que inmediatamente despertaban carcajadas entre los dos, por las ocurrencias que contenían.

Mi padre siempre tuvo dificultades para darnos lo más indispensable y mucho tiene que ver el hecho de haber contraído nupcias de la manera tradicional de aquel entonces. Sin preparación, sin un trabajo que le asegurara un ingreso adecuado, con solo un par de mudas de ropa y sobre todo sin ningún tipo de patrimonio importante, como podría ser un terreno o una casa. Era lógico pensar que el futuro primogénito carecería de lo más indispensable, ya que el ambiente previo a su llegada estaría caracterizado por múltiples necesidades y pocas oportunidades de desarrollo económico.

En la mente de mi padre se dibujaba siempre la cruel realidad que le tocaba vivir. No tenía ningún tipo de preparación que le permitiera asegurar de manera constante el alimento que mis hermanos, mi madre y yo necesitábamos y eso lo agobiaba. Si quería ganar algo de dinero, debía alquilarse con alguna persona adinerada para realizar trabajos de campo por los cuales pagaban en promedio \$8.00 (ocho pesos) al día, lo cual nos alcanzaba, por ese entonces, para comer algo medianamente sustancioso al día siguiente. Pocas veces tenía dinero pero eso sí, cuando lo recibía no tenía ningún tipo de inconveniente en entregárselo íntegramente a mi madre.

En verdad yo sabía que mis padres tenían problemas motivados por la falta de dinero, por el endeudamiento diario. A pesar de todo eso, mi madre siempre encontró en el trabajo honesto la mejor forma de alimentar en lo posible a todos mis hermanos. Ella vendía diariamente en el mercado lo que ella misma producía a nivel casero: cocadas, dulces de leche, chorizo, longaniza, panza de res cruda. También revendía otros

productos como: zapatos, pantalones, camisas, tomates, pescado, naranjas, principalmente. Casi siempre yo acompañaba a mi madre en sus actividades, pero en ocasiones, me quedaba en la casa cuidando a mis hermanos. Siempre cavilaba acerca de porqué éramos pobres y, para mi mala suerte, yo no podía compartir mis ideas con mis padres, so pena de recibir una buena reprimenda. Mientras tanto, mi hermano menor todavía tenía cinco años y no podía analizar mis quejas, mis aspiraciones, mis sueños jamás compartidos con nadie durante varios años.

Algunos días desayunábamos café con tortillas doradas y, si tenía suerte, una porción extra de las famosas galletas de animalitos que una por una ingresaban al interior de mi vaso de plástico favorito. Mi cuchara se hundía hasta dejar la jirafa, el oso o el lobo bien impregnados del café que en ocasiones estaba mezclado con un poco de leche hervida. Saboreaba mis galletas una por una, porque ese gusto no era cosa de todos los días. Realmente el café no era algo de mi preferencia pero tenía que beberlo. Esa es la bebida obligada de las familias pobres y no precisamente por alguna característica excitante, calmante o aromática que se le pudiera atribuir, sino por ser parte de la dieta del humilde para poder sobrevivir.

¿Cuál era nuestra segunda comida? No había certidumbre de lo que comeríamos.

Posiblemente habría alimentos a las doce del día o a las seis de la tarde, en ese caso nos servía de cena. Y por alimentos quiero dar a entender en el mejor de los casos la combinación variada entre frijoles, sopas, verduras, chile, sal, tortillas y algo de queso. Pocas veces teníamos carne en nuestra mesa. Esa incertidumbre de no saber a qué hora iba a comer, mientras el sonido de mis tripas me agobiaba, provocándome un malestar continuo, me daba una terrible sensación de insatisfacción, de

desánimo y en consecuencia comencé a construir inconscientemente los más variados reproches únicamente en contra de mi padre. Por supuesto que a esa edad nada sabía de las razones que generaban su notoria irresponsabilidad frente a la familia.

Yo no podía hacer nada dada mi corta edad, así que no me quedaba más remedio que acostarme en la cama y constatar la preocupación reflejada en el rostro de mi querida madre cada vez que la comida faltaba. Siempre la consideraba como mi salvación así que yo estaba al pendiente de sus movimientos, de sus expresiones, de sus comentarios y de su silencio mortificante. Ella siempre tenía una respuesta que devolvía la esperanza a mi estómago. Su fortaleza era más poderosa que cualquier dificultad y aunque lloviera, aunque relampagueara y sobre todo aunque no tuviera un solo centavo en su mano, ella encontraba la forma de darnos el anhelado bocado en la noche. En algunas ocasiones, el dueño de la carnicería le daba crédito a mi madre para la compra de carne de res o de puerco. Don Heberto, propietario de la frutería y tienda le fiaba verduras, frutas, condimentos, pan molido, etc. que utilizaría tanto para prepararnos nuestro alimento, como para dejar lista la longaniza o la panza cruda.

Mi madre se levantaba muy temprano para preparar la venta. Me daba cuenta porque el quinqué ya estaba encendido cuando yo me levantaba y se percibían sus pasos y el sonido de los trastes aun antes de abrir los ojos. Como a las ocho de la mañana salía rumbo al mercado para vender su producto. Yo la acompañaba la mayoría de las veces, pero en ocasiones me dejaba cuidando a mis cuatro hermanos. Ese era el momento en el cual comenzaba a tener mis primeras responsabilidades, precisamente a los seis años de edad. Era el año de 1952.

Mi madre medía un metro con sesenta centímetros. Era de

complexión mediana, cabello largo y lacio de color negro que acostumbraba a sujetar hacia atrás para formar una cola larga y brillante. Sus escasas cejas eran pequeñas. Sus ojos negros eran muy bellos. Su boca limpia de cualquier rastro de pintura o maquillaje era también pequeña. Era bonita y sobre todo muy hogareña. Era común verla con vestidos largos que le llegaban casi veinte centímetros arriba de los tobillos. Tenía pocos vestidos pero los cuidaba como un valioso tesoro. Ella había decidido acompañar a mi padre en esa lucha cruel contra el destino, pero cuidaría en todo momento su apariencia y en efecto era muy limpia. Yo era todo lo contrario, me gustaba correr vestido solamente con mi short, impregnado del polvo matutino e inofensivo de las calles, sin zapatos y bañarme a medias generalmente cada dos días.

Mi casa era el mejor ejemplo de la situación económica de un país donde supuestamente se habían acabado las desigualdades sociales, que supuestamente había roto para siempre con el latifundismo, que había cercenado la cabeza de un régimen dictatorial obsoleto hacía apenas cuarenta años, en 1910, un país donde los mexicanos fuimos vistos como los esclavos perfectos, aquellos seres que no piensan y que con gusto acceden a soportar las peores injurias.

Mi casa que recuerdo cual pesadilla kafkiana y de la cual buscaría siempre irme, medía exactamente ocho metros de frente por ocho metros de fondo. Estaba compuesta por una pequeña cocina donde había un metate grande de color negro, algunos trastes de plástico en colores diversos, cucharas metálicas oxidables que evidenciaban el implacable deterioro causado por el tiempo. Había una pila de agua donde se lavaban los enseres domésticos y donde cada día refrescaba mi rostro impregnado de polvo poco después de levantarme cada mañana. Había un dormitorio compuesto por cuatro camas, una de

las cuales tenía un pabellón, también en la mitad de la casa había una hamaca y finalmente, una pequeña cocina con una mesa larga de madera muy deteriorada y sillas de madera en color blanco que se iban incrementando conforme la familia iba creciendo. Al norte y cerca de la ventana trasera había una chimenea con un pequeño fogón donde mi madre nos calentaba las tortillas de maíz hechas a mano y donde colocaba, cuando la suerte nos sonreía, una ollita de barro conteniendo los muy preciados frijoles negros o el delicioso chocolate de tablilla. Debajo de esta había varios pedazos de madera que se utilizaban para encender el fogón cada mañana.

El piso de mi casa no era de cemento sino de tierra negra y compacta que había sido extendida en forma algo irregular, permitiendo desniveles que se generaban tanto por el contacto de las sillas o la mesa, como por nuestros pasos. Las paredes fueron cubiertas con tablas hechas de huesos de palma de coco y entre las tablas apenas quedaban espacios milimétricos que permitían ver hacia el otro lado. En el techo había una plataforma compuesta de tablas viejas, arriba de las cuales había cosas inservibles que no se utilizaban. En la parte inferior de la pared trasera había espacios de aproximadamente quince centímetros donde ingresaban su trompa los cerdos, propiedad de nuestra vecina Macaria, con quien todos los días se quejaba mi madre respecto al perjuicio que nos causaban sus marranos con manchas oscuras.

Lo más crítico y patético de todo era el baño. Estaba cubierto de madera mal cortada y de una tonalidad poco clara. Medía aproximadamente dos metros de largo por un metro y medio de ancho y no tenía techo. Estaba a un costado del área donde se estacionaba nuestra carreta de madera. En la puerta había un pedazo viejo de cobertor café que se había colocado con la intención de ocultar su interior, el suelo estaba cubierto con

piedras pequeñas ovaladas y de superficie lisa en colores negros, gris y café, en su mayoría bien apiladas, que en ciertas áreas permitían ver el escurrimiento de agua sucia.

En el extremo frontal izquierdo de mi casa y con separación escasa de cinco metros respecto de la pared, había un árbol frondoso de mango criollo que crece con facilidad en la zona. Debajo de este se encontraban dos troncos de árbol donde me sentaba todas las tardes para contemplar el panorama verde de mi natal Petatlán. Sentado allí, jugaba descifrando las formas armoniosas de las nubes y soñaba con mi futuro incierto, integrado en la pobreza.

No recuerdo la existencia de algún tipo de flores que sobresalieran frente a mi casa. Hasta en la nula posibilidad para adornar la casa con flores se reflejaba el gris panorama de nuestra economía. Todo era gris y no teníamos ni el colorido de los girasoles, ni de las rosas, o cuando menos de un par de sábilas para alejar como dicen los fanáticos “las malas vibras”.

Mi primer encuentro con las letras y específicamente con el “cuarterón”, las vocales y las consonantes se llevó a cabo en la casa del señor Jesús María Rodríguez Alcántara, mejor conocido como “Chuma” que utilizaba su hogar como escuela para enseñar a leer y a escribir a niños de cinco a seis años de edad. Su carácter era fuerte, acorde a la edad que representaba. Me gustaba su metodología de enseñanza, precisamente porque utilizaba elementos muy prácticos y sencillos y además no arrojaba el borrador a los estudiantes como se estilaba en esos tiempos.

Cada domingo, mis padres me llevaban, a oír misa junto con mi hermano Salvador a la imponente Iglesia de Petatlán que se había construido hábilmente sobre un cerro, a unos pasos de la Presidencia Municipal.

– En el nombre del padre del hijo y del espíritu santo...

—iniciaba el rito al tiempo que todos comenzaban a tocarse la frente, los hombros y la parte media del diafragma. En ese momento no entendía lo que sucedía y me quedaba callado porque todos escuchaban lo que decía el sacerdote Gregorio M. Bellos quien tiempo después sería un entrañable amigo de la familia y a quien mi padre llamaría “Goyito” a secas, de cariño. El catolicismo está arraigado en mi comunidad como producto de lo que todos conocemos, los feligreses creen en un Dios que no ven y al que se le atribuyen milagros para la solución de todos los problemas del mundo. Se me ha dicho que es el Dios que creó la humanidad y el padre de Jesucristo. Estos fueron los conceptos básicos de lo que sería en ese momento una incipiente formación cristiana que en el futuro me conduciría a ser un firme creyente en conceptos tales como la resurrección de Jesús de Nazaret.

A partir de mis nueve años, mi comprensión del estado de las cosas fue incrementándose aún más. Por ese entonces en los días sábado y domingo ya comenzaba a salir con más frecuencia de mi casa. Llegaba hasta la carretera federal para ver pasar los automóviles y echar a volar mi imaginación. Me gustaba observar a la gente que ofrecía sus productos a los clientes que compraban y que transitaban en todas direcciones. Había papayas, miel, empanadas de camote y de coco, calabazas, cocadas multicolores dentro de recipientes transparentes de plástico y diversos tipos de comidas. Cuando podía compraba chicles o dulces con el poco dinero que mi madre a veces me daba. En el momento en que me sentía aburrido, descendía por la calle inclinada mirando las casas pequeñas de concreto y algunas de madera en mal estado, pasaba obligadamente frente a la escuela primaria Cristóbal Colón donde yo estudiaría hasta el sexto grado en un horario desde las ocho de la mañana